

## ASTERIÓN Y EL HIJO MAYOR DE MARTÍN FIERRO



*Marta Spagnuolo*

---

**L**os críticos son unánimes en señalar que Borges es el más universal de los escritores argentinos. A ello cabe agregar que también es el escritor más argentino del siglo XX. Por lo menos la mitad de su obra está escrita en cifra de argentinidad, tanto histórico-literaria como psicológica.

Una clave que permite leer mejor algunos textos borgesianos es la gauchesca. Sin embargo, la ficción narrativa de Borges en relación con la gauchesca no ha sido lo bastante estudiada. Creo haberlo probado en un artículo en el que señalé ciertas “marcas” dejadas por Ascasubi en uno de sus cuentos (“Ascasubi, Borges y la Lujanera”).

Hallar parte de las dejadas por Hernández es lo que ahora me propongo. Prescindiré, por tanto, de los dos cuentos de Borges cuya intertextualidad con Martín Fierro es evidente, y de los poemas que lo aluden. Sólo anotaré que todos ellos expresan de uno u otro modo el tormentoso conflicto que la creación hernandiana le plantea. La fórmula literal en que lo elabora, repetida a lo largo de su vida en textos críticos sobre el *Martín Fierro* y aun en testimonios orales, como una más de sus ficciones, es la siguiente: la tensión entre la grandeza del poema, que se le impone, y la imposición que a su juicio el poema conlleva: la de aceptar como héroe nacional a un asesi-

no. Desde luego, se trata de algo mucho más intrincado que eso. Pero desenredarlo no cabe aquí.

Me limito, pues, a destacar que en "Martín Fierro" (OCC: 797), que es poesía y ensayo a la vez, Borges repite, en 1960, un concepto, aparentemente objetivo, escrito sobre el poema en 1932 (193-94); pero lo hace en un tono tan cargado de subjetividad que la cuestión toma visos de un duelo con Hernández en el que Borges se declara tácitamente derrotado. Aunque cuidándose de escribir que lo lamenta o lo deplora, Borges en realidad lamenta o deplora que "aquí" la generaciones no recuerden las "vicisitudes comunes" -bélicas, políticas y estéticas- "que son la materia del arte". En cambio, aludiendo al Canto VII de la *Ida*, en que Martín Fierro mata al negro -la pelea "que soñó un hombre"- constata amargamente que del pasado compartido sólo "queda un pobre duelo a cuchillo: el sueño de uno es parte de la memoria de todos". Más de veinte años separan este texto de los cuentos "de combate" en los que aún tiene arrestos para medirse con Hernández: "El fin" (*Artificios*, 1944) y "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz" (*El Aleph*, 1949), libro que incluye "La casa de Asterión".

Elijo el último para mi propósito (OC 1: 569-70). Y para concentrarme en él, también prescindiré de la vasta bibliografía sobre ese cuento, que ya ha tratado con profundidad y erudición otros aspectos. El que a mí me ocupa es la hermandad de Asterión y del Hijo Mayor de Martín Fierro, señalada de manera inequívoca por un detalle de inverosimilitud en ambos personajes.

## 1

A la estirpe de los personajes narrados que nos hacen reír y llorar a la vez, pertenecen don Quijote, Gregorio Samsa y Asterión. Se supone que para que estos sentimientos contradictorios ocurran simultáneamente, los tres textos han de tener la misma fuerte verosimilitud. Nos reímos de los disparates de don Quijote pero nos compadecemos de sus descabros, porque a la vez es Alonso Quijano, un hombre al que le pasan cosas semejantes a las que nos podrían pasar a cualquiera de nosotros si estuviéramos locos. Las tribulaciones del insecto en que se ha transformado Samsa nos resultan tragicómicas,

porque sigue siendo a la vez Samsa, a quien le pasan las cosas propias de cualquier hombre que debiera adaptarse a su nueva condición de insecto. A ambos los garantiza la tercera persona narradora.

Lo sorprendente es que Asterión, que no es ni fue un hombre, se nos haga tan creíble como los otros dos personajes, careciendo de base verosímil que sustente su discurso. La causa de que el lector no parezca advertirlo, y de que sufra con Asterión y se ría de Asterión con la misma convicción que le infunden aquéllos, es que Borges apela a la misma empatía usada por Cervantes y Kafka: Borges “nos hace poner en el lugar” de alguien que viviera toda su vida encerrado en un laberinto, lo cual –más allá de la simbología que ello encierre– es inmediatamente aterrador para cualquier lector. La diferencia es que ese alguien sólo tiene una mitad humana, y no precisamente la cabeza. Por ello, el mayor portento imaginativo de Borges no consiste en asegurarnos que el minotauro ha sido calumniado durante siglos por el mito, sino en haber hecho de él un monstruo pueril con trastornos cognitivos, debido a esa cabezota de toro imposibilitada de alcanzar el desarrollo mental que condiga con su otra parte humana. A pesar del gran tamaño de su testa, al pobrecito Asterión “no le da la cabeza”, como se decía de los chicos con problemas de aprendizaje, antes de la difusión popular de la psicología. Si no viviera aislado, este ser tierno sería inofensivo y por lo tanto apto para vivir en sociedad. Según el léxico al uso, es un “discriminado”. Para sentirse aceptado necesitaría amor. El que sólo una madre es capaz de dar a un hijo diferente. Así, aunque la “reina” ausente es traída al cuento por otro motivo, su sola mención también subvierte el carácter que el mito le da a Pasifae: para el lector, su mayor pecado ya no es su cópula antinatural con el toro, sino el rechazo del hijo, tan inocente de su monstruosidad congénita como del pecado materno, y la permisión del aislamiento bestial que su padrastro le impone. La tragedia de Asterión no puede ser más “realista” y creíble. Casos parecidos ocurren en las mejores familias.

2

Lo increíble, en cambio, es el discurso de Asterión, porque contradice su naturaleza. Por un lado, Asterión tiene un retraso mental evi-

denciado en su conducta infantil: rueda, corre, se deja caer de las azoteas hasta ensangrentarse, creyendo que eso es jugar. Por otro, es disléxico. Borges usa el verbo exacto aplicado en los viejos ámbitos escolares a estos casos, aún no bien conocidos: “retener” (“Jamás he retenido la diferencia entre una letra y otra”).

Hoy se sabe que la dislexia no implica una inteligencia deficiente. Es un trastorno del desarrollo del lenguaje, que algunos llaman “don”, puesto que los disléxicos tienen la facultad de pensar principalmente con imágenes (conceptualización no verbal). Por lo tanto, si bien se define por su interferencia para la adquisición de la lecto-escritura, la dislexia importa déficits en la producción del habla: dificultad para elaborar y estructurar frases, hallar términos precisos, usar adecuadamente los tiempos verbales y relatar oralmente. Y Asterión no sólo habla –o piensa en términos verbales– sino que lo hace con sintaxis perfecta, léxico rico y preciso, y –de acuerdo con su percepción del “mundo”– con un discurrir coherente. Aunque –tal como los seres humanos– ignore quién es, por qué está en el laberinto y qué es la muerte, puede expresar no sólo lo que siente y lo que desea sino también contar cómo interpreta todo eso que ignora. Que el *homo sapiens* pueda interpretarse a sí mismo y al mundo tan equivocadamente como Asterión y expresar sus errores en un lenguaje ilusorio, no obsta para que ese lenguaje sea un sistema simbólico complejo, cuyo procesamiento exige lo que llamamos competencia lingüística. La dislexia del minotauro la hace imposible.

Además, es probable que sufra de una “ceguera mental” similar a la de quienes padecen el “síndrome de Asperger”, los cuales, aunque monologan con cierta corrección, fallan en el diálogo, porque no entienden la intención del hablante. Comprenden el lenguaje sólo de forma concreta y literal; no interpretan los signos corporales, las expresiones faciales, el tono de voz, que indican las implicancias que puede tener lo que una persona dice, como las metáforas, los chistes, los sarcasmos, etc. Es probable, digo, que Asterión entienda el concepto de lo que le dicen pero no el léxico injurioso y el tono de odio en que se lo dicen. Si así fuera, nadie habría osado hacernos desternillar de risa con la confusión de un “inocente” como Borges, cuando nos deja imaginar el vocativo con que “se le menta a uno la madre” y otros ternos, visajes, amenazas de puño, etc. con los que, du-

rante la “ceremonia” de las cornadas, lo habrá puesto overo aquel hombre que, en su rabiosa agonía, atinó a decirle que otro gallo cantaría si tuviera una espada y, a augurarle, sólo a modo de amenaza vana, el día en que algún otro pudiera entrar armado y liquidarlo, y que, según Asterión, le “profetizó” a la hora de su muerte que alguna vez llegaría su redentor. Si en cambio interpretáramos que Asterión lo ha entendido perfectamente pero miente en este punto con tanta sutileza como para convertir la desesperada amenaza del agonizante en una profecía, nos reiríamos de todos modos imaginando la escena que oculta, pero no tan explosivamente. Por un lado, la risa se vería atenuada por la admiración, al hallarnos ante un superdotado. Por otro, saltaría antes a la vista la contradicción entre su puerilidad y la inteligencia superior que en ese único caso manifiesta. Pues en los otros varios casos en que con exagerada autoestima intenta convertir en bienes sus carencias, no obvia nada, sino lo “reinterpreta” con conmovedora inocencia.

Justamente en el cuadro de trastornos descritos encaja que Asterión sea una criatura presuntuosa, con delirios de grandeza. Es el típico desajuste emocional que presentan la mayoría de los niños con retraso mental o con dislexia, quienes así compensan sus sentimientos de inseguridad. Pero, aunque sufran tanto como Asterión, tengan una vaga conciencia de lo que les pasa y pergeñen sus defensas, jamás podrían poner todo ello en palabras con los elaborados razonamientos de Asterión. La inverosimilitud de su discurso, consiste, pues, en una falta de decoro, que sólo un narrador en tercera persona habría podido sortear.

### 3

Lo patético y risible que Borges le ha dado al personaje no quita que el cuento sea una variante de un motivo literario tradicional: el padecimiento del presidio. Aunque los modelos sobran, Borges lo ha tratado en contrapunto con el que le ofrece el Hijo Mayor de Martín Fierro (*Vuelta* Canto XII: 136-145), y acicateado por la lectura de ese personaje hecha en 1948 por Martínez Estrada en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (103-105). A pesar de sus encontronazos con el autor, Borges nunca soslayó la importancia de este ensayo. Advir-

tió que su peso bibliográfico atenuaría el de Lugones –a quien tanto combatió– y la exageró como capaz de marcar un antes y un después en la lectura de los personajes de Hernández (OC 4: 171). Pero la ironía feroz con que alguna vez lo comentó<sup>1</sup> se traduce en los siguientes términos: “el sueño primario de Hernández” – “primario” no en el sentido de “original” de Hernández sino en el del *primarius* latino: el primero en categoría, el de primera calidad– no necesita de un recreador que lo enriquece “de sombra”, lo que en argentino popular se expresa: “No aclare, que ocurece”. Esto es, en una prosa que se va de vicio, glosando un concepto en todas sus variantes posibles, o yéndose del poema por cuanta huella ofrece la geografía, la historia, la economía, el folklore, etc. del vasto campo por donde anduvo Martín Fierro, “pretexto” de tan lontanas excursiones, de las que, falta de perspicacia para hallar los puntos neurálgicos del texto –que Borges tocó en frases de concisión antológica–, no sabe bien por dónde regresar. Copiosidad mareante que al lector le produce un “vértigo” similar al causado por una “pesadilla” kafkiana o dostoi-veskiana, o por una “novela infinita” en que “el relato se agranda hasta usurpar el tamaño del cosmos”, tal como el que a Borges le provocaba *Moby Dick* (109).

Para entablar el doble duelo con Hernández y su recreador en “La casa de Asterión”, Borges debe poner el cuchillo en manos de Asterión. Él debe narrar su propio encierro, como lo hace el Hijo Mayor. De ahí la riesgosa elección de la primera persona.

---

<sup>1</sup> “El *Martín Fierro* ha sido materia, o pretexto, de otro libro capital: *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, (México, 1848), de Ezequiel Martínez Estrada. Trátase menos de una interpretación de los textos que de una recreación; en sus páginas, un gran poeta que tiene la experiencia de Melville, de Kafka y de los rusos, vuelve a soñar, enriqueciéndolo de sombra y de vértigo, el sueño primario de Hernández. *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* inaugura un nuevo estilo de crítica del poema gauchesco. Las futuras generaciones hablarán del Cruz o del Picardía de Martínez Estrada, como ahora hablamos del Farinata de De Sanctis o del Hamlet de Coleridge.” (OCC: 561).

## 4

Asterión y el Hijo Mayor comparten con otros presos la pérdida de la noción del tiempo (y Asterión en el laberinto desde luego también la del espacio).

Pero en seguida ambos empiezan a coincidir en ciertas singularidades. A los dos los acusan de asesinos falsamente (uno no lo es y el otro ignora que lo es); están encerrados por culpas ajenas, que les son tan congénitas como el castigo que sufren. Asterión es castigado por ser hijo de un toro; el otro por ser hijo de un gaucho. Proviene de padres descastados. La desprotección paterna los entrega indefensos a la arbitrariedad de los poderosos. A uno lo encierra Minos, un juez terrenal tan infalible que llegará a ser juez de los infiernos; a otro un juez del “infierno” que constituye la vida del gaucho. Claro que el paralelismo no aparece en Martínez Estrada, pero si cualquiera puede establecerlo, cuánto más Borges. El concepto en sí le viene de perlas a *su* minotauro. Pero no hay duda que le divirtió el discurso jurídico apoyado en la “teoría pura del derecho” que gasta el ensayista para explicarnos por qué un pobre “gaucho” fue acusado de un crimen que no cometió, por uno de esos “jueces” semianalfabetos que actuaban de ocasión en los primitivos poblados de frontera. Para Martínez Estrada, la vida del Hijo Mayor es la de

(...) todos los que padecen el castigo sin el delito, las víctimas expiatorias de la injusticia (sic) que necesita en primer término el castigo y en segundo término el delito. De la justicia que nunca se equivoca aunque deje impune al criminal y condene al inocente, pues a un delito un castigo es la perfecta equidad. Kelsen llega a sostener que así se cumple teóricamente el principio de la justicia. El Hijo mayor no es solamente una víctima de los errores judiciales: es una víctima expiatoria sacrificada a las divinidades plutónicas de la justicia infernal, la justicia detrás de la conciencia, la justicia que necesita la satisfacción espiritual de que se cumplan los preceptos, de que el crimen no quede sin castigo (sin engranar con la ley). (105)

Los dos tienen una madre que los abandonó. Ninguno tiene mucho que contar salvo su prisión, que para Asterión dura toda la vida y para el muchacho casi tanto como los años que tiene. Uno como

sensación, otro como hecho concreto, los dos sienten la angustia de la unicidad:

Asterión:

El hecho es que soy único. (...) Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión.

El Hijo Mayor:

No es en grillos y en cadenas  
 en lo que usted pensará  
 sinó en una soledá  
 y un silencio tan profundo  
 que parece que en el mundo  
 es el único que está

Sus más terribles carencias son la palabra y la amistad; los dos imaginan un interlocutor con quien ejercerlas:

Asterión:

Pero de tantos juegos el que prefiero es el del otro Asterión. Finjo que viene a visitarme y que yo le muestro la casa. Con grandes reverencias le digo: Ahora volvemos a la encrucijada anterior o Ahora desembocamos en otro patio o Bien decía yo que te gustaría la canaletta o Ahora verás una cisterna llena de arena o Ya verás cómo el sótano se bifurca. A veces me equivoco y nos reímos buenamente los dos.

El Hijo Mayor:

Conversamos con las rejas  
 por sólo el gusto de hablar  
 (...) el preso privado está  
 de los dones más preciosos  
 que el justo Dios bondadoso  
 otorgó a la humanidad.  
 Pues que de todos los bienes  
 (en mi inorancia lo infiero)  
 que le dio al hombre altanero  
 su Divina Majestá,



la palabra es el primero,  
el segundo la amistad.

Los dos piensan que podrían escuchar los pasos de la muerte:  
Asterión:

Sé que vive mi redentor. Si mi oído alcanzara todos los rumores del mundo yo percibiría sus pasos.

El Hijo Mayor:

(...) el silencio es de tal suerte  
que, cuando llegue a venir,  
hasta se le han de sentir  
las pisadas a la muerte.

Las anteriores coincidencias podrían ser casuales, o variantes de lugares comunes de la literatura carcelaria. Pero lo que delata la hermandad de los textos es que ambos cautivos conciben el consuelo de la soledad por la lectura, que les está vedada no por falta de material escrito sino por su analfabetismo.

Asterión:

Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer. A veces lo deploro, porque los días y las noches son largas.

El Hijo Mayor:

(...) allí lamenté mil veces  
no haber aprendido a leer.

El Hijo Mayor “lamenta” y Asterión “deplora”. Los dos verbos son sinónimos pero se inscriben en distintos registros. “Lamentar” forma parte del lenguaje cotidiano. “Deplorar” es exclusivo del lenguaje escrito, al extremo de que si un hablante argentino “deplorara” algo con seriedad, hasta el oyente más letrado quedaría perplejo. (Sí se admite “deplorable”). En cuanto a su intensidad semántica, escrito indica la voluntad del autor por sonar “contenido”, aun a riesgo de caer en lo artificial absoluto. Es célebre el disgusto de Borges por el tono quejoso del *Martín Fierro*, en que el lamento llega a

ser una constante. Creo que Borges plagó su escritura de deploraciones, sólo por no parecerse a Hernández.

Como sea, para lamentar o deplorar la falta de un bien, hay que haberlo tenido y perdido. Me refiero a un bien inherente al individuo: un afecto, un hábito placentero del que por alguna causa ya no se puede gozar, alguna facultad física o mental. El que ha quedado ciego lamenta la pérdida de la vista porque antes supo lo que es ver. El que nació ciego, no puede lamentarlo sino cuando los demás le explican que no puede ver y cómo es ver.

En el relato del Hijo Mayor, ya es casi increíble que, sin haber experimentado nunca el placer de la lectura, se le ocurra lamentarse no de las malas condiciones materiales del presidio, sino de no haber aprendido a leer. El contexto del poema no permite imaginar que alguna vez tuvo oportunidad de hacerlo y que lo que lamenta es haberla desdeñado. Tampoco que ese chico “desnudo y hambriento” haya tenido ocasión de ver a alguien solazarse en la lectura y dispuesto a explicarle las bondades de tal ejercicio. Ni que en su posterior encierro algún carcelero indígena hubiera tenido la peregrina ocurrencia de proveer a los presos de material de lectura. Tampoco el minotauro pudo ver jamás un texto escrito ni poseer el concepto de “escritura”, de “letra” y sus diferencias.

Sin embargo, la coincidencia de ambos personajes en lo inverosímil total llega a tal punto que los dos analfabetos citan casi literalmente libros ilustres:

Asterión:

(...) como el filósofo, pienso que nada es comunicable por el arte de la escritura.

El Hijo Mayor:

El hombre que dentre allí  
deje ajuera la esperanza.

Cualquier lector no especializado –que es para quien se inventan las historias– protestaría enérgicamente al verse obligado a confrontar su sentido de lo creíble con lo increíble que un autor le propone creer. Poco le importaría el principio de la suspensión de la creduli-

dad de Coleridge ni saber que Borges dijo que “todo arte es convencional” (OC 1: 187).

Sin embargo, la magia de Hernández ha conseguido anular esa reacción previsible, ya que nunca he escuchado a nadie protestar por la tiranía del discurso del Hijo Mayor. Tampoco por la del discurso de Asterión. Este empate entre ambos magos es trascendental, si se tiene en cuenta que por ninguna creación literaria argentina ha corrido tanta tinta como por el *Martín Fierro*, solo, y toda la obra de Borges.

5

Queda claro que, así como Hernández habla por boca de sus personajes, Borges habla por el hocico de Asterión. Y que los dos confían al poder artístico de su voz la fe del lector.

Ello podría justificarse, en el caso de Hernández, en razón de que *Martín Fierro* es un poema sujeto al artificio del verso, y sobre todo, de intención social, en el cual, por definición, los personajes son voceros del autor. Sabemos que en la *Vuelta* la beligerancia subversiva de la primera parte se atempera, en favor de una prédica de integración del gaucho al orden establecido. Esa intención –concentrada en los “consejos” de Martín Fierro (“debe el gaucho tener casa,/ escuela, iglesia y derechos”)– obraría a modo de licencia que se toma el autor, confiando en que el lector acepte la extraña posibilidad de que un analfabeto pueda imaginar lo bueno que sería ponerse a leer para aliviar su soledad entablando un “diálogo” con la lectura. En cuanto a la cita de Dante, por archirrepetida se habría “folklorizado”, hasta convertirse en uno más de los proverbios que el texto recoge, a los que apelan los payadores... si olvidamos que el Hijo Mayor, al revés que su padre, no tiene uñas para guitarrero; o sea, desconoce el arte del cantor. Sin embargo, también ello se justifica por la convención de la gauchesca, que nació en primera persona.

Pero a los que entramos en “La casa de Asterión” Borges nos exige más. El cuento moderno carece de convenciones. Y éste no está escrito para inducir a educarse a los incultos –a los que el poema llegaba de oídas– ni para que las autoridades que lo lean asuman el deber de alfabetizarlos. Y aun así, sufrimos con Asterión y nos reí-

mos de él a la vez, mientras que con el Hijo Mayor sólo sufrimos. Borges, al menos en el tratamiento del mismo tema, ha conseguido más que Hernández, su contrafigura... su doble. Su sombra inaparcable.

## 6

Lo ha conseguido, además, haciendo el encierro de Asterión mucho más horroroso que el del gaucho, y demoliendo, uno por uno, los rasgos de carácter del Hijo Mayor que le son odiosos, y que a Martínez Estrada le merecen una glosa de aproximadamente la misma extensión que el Canto, pero más lúgubre y repetitiva: es un lamento sobre otro lamento, por si al leer el original no hubiéramos sufrido lo suficiente. Todo un desafío para el afinado sentido del ridículo de Borges.

(...) sus razonamientos dan vuelta sobre sí mismos, como si hubiera muerto y para toda la eternidad no tuviera sino el pensamiento angustioso de que está preso. Solamente después de conocer la obra de Kafka, el Hijo Mayor adquiere su real estatura en las letras. No interesa la hazaña del Autor, de mantener la atención viva del lector durante trescientos sesenta y ocho versos... (...) sino de la concepción, atrevida aún hoy, de construir una biografía sin ningún elemento biográfico. (...) Es la existencia pura, la duración fuera del tiempo, el vivir como la flor se marchita. Sin que esa vida sea distinta del castigo; vida y castigo se confunden en una sola cosa. (...) El hijo mayor no vive sino su castigo, el castigo le ha devorado el alma y se ha puesto en su lugar. (...) Los presos viven esperando o recordando. El recuerdo trae a su espíritu la vida en su imagen rediviva. El encierro del Hijo Mayor es total, porque no ocurre absolutamente nada entre esas cuatro paredes: ni el recuerdo. (...) No recuerda nada. Está absorto en su cautiverio injusto. (...) Su única idea se le clava a semejanza de la víbora que se muerde la cola, en un círculo irrompible. Su persona viene a quedar apretada en ese círculo; el alma se le ha salido y lo asfixia oprimiéndolo. Solamente Dante imaginó esos círculos tan herméticamente cerrados, soldados tan para siempre, en sus condenados. Todos ellos son cíclicos: ideas y tormentos empiezan como la rueda, en el mismo sitio en que el giro termina. Y vuelven empezar (...). (104)

Al igual que Hernández, Borges construye una biografía sin ningún elemento biográfico, en la que vida y castigo son una misma cosa. Pero, en oposición a Hernández, construye un personaje capaz de vivir de una forma más viril su prisión.

Es cierto que el Hijo Mayor está “absorto en su cautiverio injusto”. Para que no queden dudas de que sufre, el verbo *sufrir*, en distintas inflexiones, aparece doce veces en su canto. Los sustantivos que connotan el sufrir, entre los que *tormento/s* se repite varias veces, casi agotan los sinónimos: *desamparo, rigor, calvario, pena/s, sepultura, soledad, infierno, afliciones, lamento, dolor, tribulación, martirio, males, suplicio, espanto, horror, terror, amargura*. El cautivo *se aflige, se desespera, sufre, gime, llora y calla*. Tanto llora que *sus lágrimas salpican en las paredes aquellas, no tiene otro alivio ni consuelo sino regar aquel suelo con lágrimas noches y día*. Ante tanto sufrimiento, lo único que encuentra es “soportar”, “resistir”, “agobiarse”.

El más altivo varón  
 y de cormillo gastao,  
 allí se vería agobiao  
 y su corazón marchito...  
 (...) En esa cárcel no hay toros,  
 allí todos son corderos;  
 no puede el más altanero,  
 al verse entre aquellas rejas,  
 sino amujar las orejas  
 y sufrir callao su encierro.  
 (...) Allí se amansa el más bravo;  
 allí se duebla el más juerte  
 (...) bajo un dolor permanente  
 agacha al fin la cabeza  
 (...) Vierten lágrimas sus ojos,  
 pero su pena no alivia.  
 En esa constante lidia  
 sin un momento de calma,  
 contempla con los del alma,  
 felicidades que envidia.

Sabemos que no es éste el concepto borgesiano de “varón”. Según la genealogía literaria de la que descienden los guapos de Borges,

que los incorpora al imaginario del valor criollo como extintos, el *ubi sunt* que les dedica es:

¿Dónde está la valerosa  
Chusma que pisó esta tierra,  
La que doblar no pudieron  
Perra vida y muerte perra? (OC 2: 335)

“Los presos viven esperando o recordando”, dice Martínez Estrada para enfatizar que, a diferencia de otros, el Hijo Mayor “no recuerda nada” y es presa de tal desesperanza que ni siquiera espera la libertad (la justicia para él puede llegar tarde o nunca; de modo que es inexistente, y de allí, inesperable).

Sin embargo, en dos estrofas piensa en su madre, en sus hermanos, en lo que “ajuera vio” y en que “ha sido libre de cruzar por donde quiera”. Pero como su recuerdo no se le presenta en imágenes –el de la infancia es irrecuperable, contradictorio que añore el afuera, que según ha contado fue horrible, y la libertad sólo una sensación–, el intervalo es breve y el discurso vuelve a estancarse en el abatimiento. A Asterión no puede achacársele la misma caída moral: aunque buscara en su memoria no hallaría nada que recordar.

En cuanto a la libertad, si un preso no la espera, lo único que puede esperar es la muerte. ¿Qué pasa entonces con el Hijo Mayor? ¿Su carácter débil le impide reconocerlo? ¿No resiste la cárcel pero prefiere no esperar nada, porque, de otro modo, debería suicidarse? De hecho, los presos que no resisten la cárcel, se suicidan.

A menos que *elijan* morir porque la libertad que alguna vez conocieron haya sido peor que el encierro, como comprueba Asterión ante el “temor” que siente al hallar la salida del laberinto, y debiera haber comprobado el Hijo Mayor al recordar su pasado, en que ser “libre de cruzar por donde quiera” equivalió al maltrato, la humillación y la condena a vivir “como los bichos buscando alguna rendija”, para esconderse de la sociedad que lo rechazó y está seguro de que lo rechazará siempre, porque esos son “los decretos del destino”.

Como Asterión, sabe en el mundo exterior no tiene cabida. Ante tal certeza, un varón debe tomar una determinación.

No sé qué creerán ustedes.  
Mas yo tengo para mí,

Que merece algún respeto  
 Quien supo morir así.

Es lo que parece decirnos Borges, aunque esos versos tan “borge-sianos”, sean de Lugones. En efecto, una línea de sangre de sus guapos baja de aquel reo que fue de los soldados de Lavalle, famosos por “su menosprecio de la muerte”, y que prefirió ser fusilado a casarse con una mujer “parda, jamona y de yapa, bizca” (*OPC*: 943-949). De modo similar, Asterión opta por la muerte antes que enfrentar las caras “descoloridas y aplanadas como una mano abierta”, porque la estampida de la plebe le quita su última esperanza de ser aceptado, aunque él construya la ilusión de que su linaje real le impide confundirse con el vulgo. Y ante esa evidencia, sabe alentar la presunción casi cristiana de un redentor que lo salve. Hay una idea de trascendencia en ese pobre monstruo, ausente en el Hijo Mayor, que sin embargo manifiesta creer en un Dios, cuyo nombre invoca.

No obstante, es posible otra lectura de la oposición cobardía-coraje entre Asterión y el Hijo Mayor que sin duda plantea Borges. Los lectores conmovidos por el Hijo Mayor –en cuyo canto hay pasajes hondos y bellos– comprendemos la confusión y la indecisión de ese chico solo e ignorante metido en una cárcel. No podemos “decirle” que deje de quejarse y se mate de una vez.

Tal vez Borges tampoco los haya opuesto en ese sentido, sino en otro, que se entrevé en una última coincidencia entre ambos textos. De ser diverso el sentido, rebatiría también a Martínez Estrada cuando dice que el Hijo Mayor “no espera nada.” En tal caso, esperaríamos algo que desea.

En efecto, tanto Asterión como el Hijo Mayor aspiran al único paraíso que cada uno puede concebir, y ambos lo expresan en forma desiderativa:

Asterión:

Ojalá [mi redentor] me lleve a un lugar con menos galerías y menos puertas.

El Hijo Mayor:

¡Qué diera yo por tener  
 un caballo en que montar

y una pampa en que correr!

O sea, Borges supondría que ambos deseos son igualmente esperables. Y que, puesto que el del gaucho es mucho más halagüeño que el de Asterión, su flojera consistiría en no elegir, como el otro, sostenerse en la esperanza, en vez de agobiarse y quejarse. Caballos y pampa, había de sobra. Teseo, uno solo.

Pero esta lectura nos conduce a un terreno ideológico, que hace parte del mencionado conflicto de Borges con respecto a Hernández, cuyo análisis, reitero, no cabe en este espacio. Queda, pues, para quien quiera inferirlo.

Borges también avanza por sobre el símil de Martínez Estrada con la rueda dantesca. Más angustioso que girar en rueda es recorrer un espacio donde nada empieza en el mismo sitio donde la rueda termina, sino en el cual todos los sitios están muchas veces. Y aun así, Asterión no se lamenta, no arroja lágrimas sino compadradas. No se rinde, lidia arrogante con su vida miserable y va a la muerte con júbilo, sólo sostenido por un "ojalá". No es un cordero; es un toro y la vez "todo un hombre".

Pero así como Asterión y el Hijo Mayor, en las mismas circunstancias, se contraponen, el mago que creó el poema perdurable, que no concibe que ni el ser humano más embrutecido por la vida no anhele la dicha de leer, y su doble, que hizo de esa dicha su vida toda, en aquel punto se confunden, y las palabras de uno resuenan en el otro.

Marta Spagnuolo  
Buenos Aires

#### BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1996.  
 Borges, Jorge Luis. *Obras Completas en colaboración*. Buenos Aires: Emecé, 1979.  
 Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires: Losada, 1995.  
 Lugones, Leopoldo. *Obras Poéticas Completas[OPC]*. Madrid: Aguilar, 1959.  
 Martínez Estrada, Ezequiel. *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*. Colección Capítulo "Las nuevas propuestas". 4 vols. Buenos Aires: CEAL, 1983.  
 Spagnuolo, Marta. "Ascasubi, Borges y la Lujanera". *Variaciones Borges* 16 (2003): 55-68.